

ÁNGEL ALCALÁ, *Los judeoconversos en la cultura y sociedad españolas*, Editorial Trotta, Madrid, 2011. 579 páginas.

Cuando nuestros actos desmienten nuestra moral es porque creemos que hay alguna ventaja para nosotros en hacer lo contrario de lo que enseñamos; pero desde luego no hay ventaja alguna en perseguir a los que no son de nuestra opinión, y en hacernos odiar por ellos. Hay por tanto, repitámoslo una vez más, absurdidad en la intolerancia¹.

Cuando paseamos por muchos pueblos y ciudades de la geografía española, el diseño urbano y arquitectónico de sus cascos históricos nos evoca a prósperas y distinguidas épocas anteriores. Cuando tres culturas y formas de interpretar el mundo convivían con mayor o menor vicisitud.

Todavía podemos encontrar iglesias cristianas de estilo mudéjar colindando con antiguos barrios judíos. Estos símbolos urbanísticos y arquitectónicos nos dejan patente que la cultura española se puede interpretar como una amalgama y confluencia de diferentes formas de entender la vida cotidiana. Sin embargo, aunque se reconozca y haya una difusión y conocimiento de la influencia de estas tres culturas —cristiana, islámica y judía— en el origen de la construcción identitaria o nacional española y en su acervo cultural, este conocimiento sigue siendo parcial.

Habitualmente se reconoce la influencia artística, técnica o lingüística del islamismo y del judaísmo; pero en cuestiones de pensamiento encontramos un mayor

desconocimiento y distancia. Siendo la vertiente cristiana predominante por razones obvias, es curioso que la influencia de los musulmanes en el territorio peninsular siempre haya sido más visible y reconocida que la influencia judía; si bien ambas culturas han sido siempre presentadas como ajenas a la auténtica cultura española.

Es por eso que esta obra densa y extensa pretende profundizar en las aportaciones de la tradición judía en España, aunque desde una perspectiva diferente a la habitual: a partir del papel y de la influencia cultural de los judeoconversos españoles. Aquellos judíos que “abandonaron” la religión hebrea para asimilarse a la fe cristiana. Su autor, Ángel Alcalá, es un reconocido investigador de temas teológicos, filosóficos, históricos, literarios y políticos. Gran parte de sus publicaciones están centradas en temas relacionados con la inquisición y con escritores judíos².

El libro consta de cuatro partes, cada una de las cuales con sus correspondientes capítulos. El primer bloque, titulado

¹ François Marie Arouet VOLTAIRE, “Testimonios contra la intolerancia” (capítulo XV), en *Tratado sobre la Tolerancia*, Ciro (Biblioteca el Mundo), Barcelona, 2011, p. 111.

² Ha sido profesor de Filosofía en el Seminario de Zaragoza, en la Universidad Pontificia de Salamanca y durante más de treinta años ha ejercido la docencia en el Brooklyn College de New York.

“El enfrentamiento”, expone precisamente el enfrentamiento teológico entre cristianos y judíos que tuvo su momento álgido en la disputa de Tortosa (1413-1414), momento crucial para la decadencia judía en la península.

El siguiente de los apartados, “Las actuaciones oficiales de la corona”, está dedicado al estudio y comprensión de la inquisición. Alcalá intenta buscar una explicación al surgimiento de una de las primeras instituciones modernas con más repercusión e influencia internacional, deteniéndose tanto en el papel que esta tenía en la Corona de Castilla como en la Corona de Aragón.

La tercera parte se centra en la aportación cultural de los judeoconvertos desde el punto de vista de la literatura. “Los límites de la expresión” va repasando algunas de las obras y autores más relevantes de la literatura española, como por ejemplo *La Celestina*, así como los mecanismos censores y persecutorios de la inquisición en lo referente a esta materia. Finalmente, en el último de los apartados, “Algunos conversos ejemplares de la época”, Ángel Alcalá se centra en las figuras de Alfonso (1490-1532) y Juan de Valdés (1509-1541), Joan Lluís Vives (1493-1540), María de Cazalla (1487-circa 1550), Fray Luis de León (1527/28-1591) y, finalmente, Miguel Servet (1511-1553). Analiza sus aportaciones intelectuales así como un repaso de sus vidas, siendo común en todas ellas haber sido de alguna manera víctimas de la inquisición, institución que por momentos parece la protagonista de esta obra. El autor utiliza tanto la literatura como la vida de estos personajes judeoconvertos para explicar el funcionamiento

detallado de esta institución represiva. La utilización de documentos y testimonios de personas vinculadas al tribunal, así como las propias declaraciones que recoge de aquellos que la padecieron, nos ilustra de una forma brillante el sufrimiento y el excesivo control que suponía el Santo Oficio.

Alcalá considera que la convivencia entre la cultura judía y cristiana era prácticamente imposible. La principal razón, argumenta, era el antisemitismo ideológico, junto con las barreras lingüísticas y geográficas. De hecho, y tal vez sea esta su interpretación más cuestionable, en estas páginas expone que los autores judíos medievales tuvieron escasa influencia en la literatura y en la cultura española. De aquí que el estudio se centre en los judeoconvertos.

Llama la atención, sin embargo, la fuerza con la que defiende a España de la “famosa leyenda negra”, para la que se utiliza con gusto la figura de la inquisición. Se piensa en esta tierra como la gran perseguidora de judíos, cuando países como Inglaterra ya los había expulsado en 1290. En esto el autor es tajante: “El antisemitismo español fue una importación venenosa de Francia, Inglaterra y Alemania” (p. 30). A su vez, señala que esta hostilidad fue mayor en la Corona de Aragón respecto a la de Castilla, debido a que la aragonesa tenía relaciones más estrechas con el resto de Europa.

Uno de los elementos más relevantes que aparecen en la cuestión judía, además de las propias luchas teológicas, es la idea de la “identidad nacional” entre personas que, junto con los musulmanes, no tenían el mismo estatus político del que disfrutaban los cristianos. Por otro lado, debe

tenerse en cuenta que nos encontramos en un momento en el que todavía no existía el Estado moderno. Alcalá, en referencia a esta problemática, plantea las siguientes preguntas:

¿Es que la cultura judía no era tan española como la cristiana, creadas y desarrolladas ambas en el mismo suelo, al mismo tiempo, codo con codo?; ¿cuál fue su reciproca interacción y el nivel de su mutua interdependencia?; ¿hasta qué punto se puede decir que la cultura española cristiana fue, e incluso sigue siendo, relativamente judía, como intentó demostrar en sus libros Américo Castro? (p. 54).

Para el autor, el antisemitismo cristiano carece de fundamento teológico, cuando ambas teologías tienen el mismo punto de partida³. Aunque la acusación que ha recaído sobre el judaísmo de pueblo deicida ha sido siempre lanzada con ira por aquellos viejos cristianos, poseedores y defensores de la verdadera fe. En esto Alcalá es claro:

El peso de la historia y de la enseñanza catequética nos ha hecho olvidar que Jesús, María, los apóstoles, los primeros mártires, todos los primeros cristianos eran judíos, y nunca pensaron ni quisieron ser otra cosa que judíos (p. 28).

No obstante, la claridad de sus comentarios contrasta con el titubeo con el que encara la dimensión política de la apuesta cristiana en relación a la construcción de una identidad nacional. Según expone, el aniquilamiento de la cultura judía no se puede explicar como un asunto o una disputa teológica⁴. La construcción del imperio de los Reyes Católicos, Isabel (1451-1504) y Fernando (1452-1516), que supone la aparición de la inquisición y represión judía, también nos muestra la dimensión política de dicha institución. Sin embargo, tal vez por prudencia, el autor se frena en sus interpretaciones, arguyendo que a los Reyes Católicos se les fue ocurriendo la idea de la unidad religiosa española paulatinamente, pues nada autoriza a creer que ya pensaron en ella al solicitar e instituir la inquisición. Tampoco se puede asegurar que al instaurar el Santo Oficio, los monarcas españoles albergaran el proyecto de expulsar a los judíos (1492) y, ciertamente, no a los moriscos (1609) (p. 151).

La ambigüedad presente a lo largo de toda la obra sobre la funcionalidad y necesidad de esta institución está motivada en gran parte por estudios del historiador Benzion Netanyahu (1910-2012), el cual demuestra que la inmensa mayoría de judeoconversos estaban asimilados a la cultura y religión cristiana.

En esta línea, nuevamente llama la atención la insistencia del autor en poner

³ “No es exagerado afirmar que la escisión entre cristianos y judíos constituye una de las máximas tragedias de la historia humana” (p. 25).

⁴ “Ya se dijo antes que ningún tratadista inquisitorial aporta una sola razón bíblica o teológica que justifique procedimientos ni remotamente próximos a los de la inquisición, y también ha sido útil el distinguir entre el *para qué* y el *porqué* o *porqués* de su establecimiento, aunque distinguirlos en concreto parezca, y quizá sea, bastante complejo” (p. 213).

por delante la pretendida castellanización de España para una posible unidad nacional que la idea de una persecución religiosa como tal. Esta idea remarca el hecho, según señala Alcalá, de que los Reyes Católicos, a diferencia de muchos ciudadanos o escritores como Francisco de Quevedo (1580-1645), Pedro Calderón de la Barca (1600-1681) o Félix Lope de Vega (1562-1635), mostraban un enorme rechazo a los judíos, pero no mostraban las mismas opiniones de los judeoconversos⁵.

En el principio de la castellanización de España que enseña Alcalá, resulta importante remarcar la figura del rey Fernando, gran defensor del Santo Oficio. Considero que su importancia se debe a que renunció a defender los rasgos políticos de su tierra, violando los fueros aragoneses, que son el gran elemento distintivo de la Corona de Aragón. La búsqueda unidad nacional acabó con ese famoso lema y sentimiento que muchos han defendido, de que en Aragón primero hubo leyes que reyes.

En este sentido, resulta también sorprendente la interpretación de la inquisición que, según el autor, alcanzara como “gran logro” cultural español el Siglo de Oro:

La inquisición y la expulsión, al facilitar o forzar la conversión de tantos judíos españoles, hicieron posible la construcción de la gran cultura y mística de la España del Siglo

de Oro, que en gran parte se deben a hispanojudíos, cuyos antepasados decidieron por sí mismos, u onerosamente aceptaron, la condición de su apostasía judía (p. 262).

En conclusión, nos encontramos ante una obra con la inquisición como eje principal, así como con una serie de personajes destacados que fueron víctimas o protagonistas de esta institución. En este sentido, cabe señalar por ejemplo la figura de Miguel Servet, por quien el autor siente una enorme admiración. Gran conocedor de su vida y pensamiento, nos lo presenta dentro de su esfera quizá más desconocida, es decir, en su reflexión sobre la libertad y tolerancia en el ámbito teológico, y con ello, su repercusión en el pensamiento político.

Aunque la ambigüedad a veces esgrimida puede resultar una lectura monótona y poco motivadora para seguir penetrando en este fascinante espacio de nuestra historia para un lector novel en el argumento, esta lectura es recomendable para aproximarse a uno de los periodos claves de la construcción del Estado español y a una serie de momentos conflictivos de nuestra historia, fundamentales en el desarrollo de la cultura política de España. La importante y densa bibliografía que contiene ofrece la posibilidad de tener referentes bibliográficos para profundizar en el estudio de fondo.

GONZALO LABORDA MORATA

⁵ “Los Monarcas no deseaban que sus judíos se marcharan. Querían que aceptaran el bautismo y se quedaran. Su deseo, no era realmente expulsarlos, sino colocar a todos los miembros de la judería española en una situación existencial tan extrema —la necesidad de renunciar a sus posesiones y a su españolía— que los forzara a aceptar el bautizo como condición previa para que, con totalidad de derechos, pudieran formar parte de la ciudadanía española” (p. 247).